

III

ALLEGRO

La bella Guzmán

Capítulo 8

Sucedió en Sevilla

1330

lo nol sofferesi molto, nè sì poco,
ch'io nol vedesse sfavillar dintorno,
com ferro che bogliente esce del foco;
e di subito parve giorno a giorno
essere agiunto, come Quei que pote
avesse il ciel d'un altro sole adorno.¹

Dante Alighieri, *La Divina Comedia*
El Paraíso, Canto I, 58-63

En fermosura era la más apuesta muger
que avía en el reyno.

Fernán Sánchez de Valladolid
Gran Crónica, tl, cap. CXI, p 487

Legendaria fue siempre la hermosura en las hembras de los Guzmanes, prenda de amor para magnates y pugna de caballeros en la que no faltaron reyes en liza con los poderosos. Pues no era sólo belleza lo que admiraban, sino la fuerza seductora de su carácter.

Apetecidas y asediadas, envidiadas por la tersa personalidad que las matriarcas sabían transmitir a sus hijas, rigieron estirpes y señoríos. Liberales de conducta, mundanas, gobernaban con armonía sus castillos, creando

¹ "No pude sostener la mirada mucho tiempo, ni tan poco que no viese un resplandor en torno, como de hierro candente que sale del fuego, y de repente pareció como que un día se agregaba a otro, como si Aquel que todo lo puede hubiese adornado el cielo con otro sol".

reductos al abrigo de la guerra donde los versos, las danzas y el amor cortés convertían a los rudos caballeros en trovadores. Habitaron palacios en los que reunieron tanto al noble como al menestral, al maestro como al juglar. Y en ocasiones llegaron al trono aunque no se sentaran en él.

Jimena de Guzmán encandiló con sus ojos aguamarina al conquistador de Toledo Alfonso VI², quien tuvo con ella a la bastarda Teresa, madre del primer rey de Portugal. Doña Jimena se negó rotundamente a que la bella y cultivada joven que con tanto esmero había criado, entrara en religión. No sólo obtuvo de su regio amante un marido de alcurnia para su hija, que fue Enrique de Borgoña, sino que la joven recibió en dote el Condado Portucalensis, un territorio entre los ríos Miño y Tajo que no tardó en desgajarse de la Corona de Castilla como reino independiente merced a los desvelos de Doña Teresa, una enérgica mujer digna hija de su madre.

Otra Guzmán, Doña Mayor, tuvo con Alfonso El Sabio a Beatriz de Castilla y Guzmán que casó con Alfonso III de Portugal, siendo por tanto bisabuela de nuestro Alfonso Onceno y de Doña María, su mujer.

Claro que no sólo fueron hembras quienes se distinguieron en la familia, los hombres tuvieron también su lugar. Asturleoneses de procedencia celta y mestizaje franco, fuertes como montañeses y hermosos como galanes, tenían los ojos garzones, el rostro claro y los cabellos rubios. Asentaron su señorío en la villa de Guzmán, cuya torre fue atalaya señera contra el Islam y bastión de reconquista para el reino leonés. Pintaban en su escudo pendón y caldera de ricos hombres, lo que significaba que podían levantar gente de armas y mantenerla a su costa, cualidad muy querida por los reyes. Junto a ellos combatieron desde los tiempos de Pedro de Guzmán, Señor de Noez y Aguilar, que estuvo en la toma de Cuenca como Mayordomo de Alfonso VIII y murió en

² Este es el rey que desterró al Cid por obligarle a jurar en Santa Gadea que no tuvo "arte ni parte" en la muerte de su hermano Sancho, rey de Castilla. Lo cierto es que con su muerte heredaba la corona castellana y que después de encerrar de por vida en una torre a su hermano García, rey de Galicia, él, que sólo había recibido de su padre el reino de León, se quedó con los otros dos. Fue un monarca ambicioso que tras la conquista de Madrid y Lisboa llegó a titularse Emperador de España, como su antepasado Alfonso III. Emparentó con la casa ducal de Borgoña y aunque aliado de Almenon de Toledo, a su muerte no dudó en conquistar su reino y extender Castilla hasta el Guadiana. A pesar de que murió con 79 años y se casó cinco veces -la última con la princesa Zayda, hija del rey de Sevilla, que se hizo cristiana- no tuvo herederos varones vivos y dejó los reinos a su hija Doña Urraca.

el sitio de Alarcos. Sus hijos Nuño y Guillén fueron de aquellos caballeros que acompañaron a los príncipes hispanos vencedores de los sarracenos en la célebre batalla de Las Navas de Tolosa, hacía poco más de cien años.

Aguerridos, leales, valientes para el combate y aún arrojados cuando la ocasión lo exigía, formaron parte de los nobles leoneses que primero juraron a Don Fernando y Doña Berenguela como reyes de la corona unida de León y Castilla.

Trasladaron su solar a Andalucía cuando se unieron al Rey Santo para conquistar Sevilla y recibieron un lote de tierras gaditanas en los repartimientos de su hijo El Sabio. Treinta mil pies de olivares e higueras dio Alfonso X a Pero Guzmán en el término de Haznalfarache y otras ciento cincuenta aranzadas de viñas más quince yugadas de trigo³ en Alacaín.

Pero Núñez de Guzmán casó con Juana Ponce de León, descendiente de un linaje castellano afincado también en Andalucía. Tuvieron tres hijos y a una de las niñas le pusieron Leonor de nombre, en honor a la infanta que acababa de nacer⁴. La muchacha creció con la belleza de su raza y el sello de su linaje y a los quince años la casaron con Juan de Velasco, un joven cortés compañero de su infancia al que adoraba y que murió a los tres años de matrimonio, dejando viuda y sin hijos, con sólo dieciocho años, a esta lejana sobrina de Domingo el Santo.

Los Guzmán no tenían palacio sevillano como el de Sanlúcar, pero sí unas casas de dos pisos rodeadas de huertos, a pocas yardas de la catedral. Veían el Guadalquivir desde sus balcones y la torre alminar de la ribera. Allí vivía Leonor con su abuela, que la había criado a falta de la madre, aunque más

³ "Aranzada" era la medida de tierra de viña u olivar que podían arar un par de bueyes en un día y que equivalía a 4.750 metros cuadrados. La "yugada" equivalía a 60 aranzadas y se empleaba para cereal. En el *Becerro de las Behetrías*, especie de catastro de la época de Pedro el Cruel, las tierras andaluzas de los Guzmanes ocupaban una extensión de unos 1.300 kilómetros cuadrados.

⁴ El nombre lo introdujo en España la princesa inglesa que se casó con Alfonso VIII en 1170, Leonor de Plantagenet. Era esta dulce señora la única hija de la brava Leonor de Aquitania y Enrique II de Inglaterra, y le cupo la suerte de ser madre de dos grandes reinas, Berenguela y Blanca, lo que por añadidura la convirtió en abuela de dos reyes santos, San Fernando en España y San Luis en Francia. Culta y refinada, fundó el monasterio de las Huelgas Reales en Burgos, donde está sepultada junto al esposo que amó sinceramente y de cuya muerte no se sobrepuso, pues le sobrevivió sólo tres semanas.

que vivir languidecía, apartada y casi enclaustrada por los lutos rigurosos de su viudez.

Aquel día de mayo amaneció con intensa actividad en casa de las Guzmanes, como en toda la ciudad. No cesaban de llegar desde el alba carros colmados de ramas de olivo, brazadas de espliego y haces enormes de madreSelva y jazmín. A lomos de asnos y en carretuelas tiradas por mulos, los criados traían de los huertos esportillas con flores de cerezo y azahar, canastos de rosas, claveles, lirios y heliotropos y brazadas de hiedra con las que un grupo de muchachas y muchachos formaban arcos triunfales y entretejían guirnaldas.

Llegaba Alfonso Onceno, venía el rey victorioso. Otra vez el joven de ojos azules y melena rubia iba a recorrer en triunfo las calles de la ciudad que tanto amaba rodeado de los más brillantes caballeros de su séquito. Esta vez traía botín y cautivos, más tierras que cultivar y fortalezas para ser ocupadas. Todo Sevilla se disponía a festejar el triunfo de las armas cristianas y el nuevo avance de la Frontera.

Esa mañana Leonor bajó al patio más pronto que de costumbre. Llevaba un ligero mantillo de seda celeste sobre la camisa de dormir, sujeto al busto con ceñidor de doble vuelta. Observó a las criadas nerviosas ir de un lado para otro con azafates y canastos, recogiendo lo que traían los mozos que andaban más excitados que de costumbre. Incluso las moriscas, sentadas en corro entre montones de rosas, sonreían con sus ojos avellana al deshacer los capullos y esparcir los pétalos.

"¡Qué irónica es la vida!", masculló Leonor para sus adentros viéndolas tan contentas.

Y qué tornadiza la frivolidad humana, siguió pensando, mientras decidía que aquellas descendientes de la civilización omeya o de sus primos africanos expulsados de Sevilla, debían estar menos alegres. Ella, en su lugar, se

mostraría seria, estaría apesadumbrada e incluso se permitiría algún desplante ante el vanidoso descendiente de quien los conquistó.

Verdaderamente, Leonor no estaba de humor aquella mañana.

Aborrecía su viudez temprana, los usos obligados de mujer madura, la ausencia permanente del varón. Añoraba la voz dulce de su querido Juan y sentía malestar ante todo ese espectáculo de felicidad por unas guerras que causaban sufrimiento y muertos. En el fondo, nunca se había sentido cristiana sino andaluza y pagana, hija de la mágica ciudad donde el rumor del agua y el aroma intenso de pequeñas flores acompañaban tan a menudo los cánticos del amor o de la pena. El ulular antiguo de las mujeres sacudía su cuerpo hasta la raíz y le fascinaba la riqueza de las vestimentas ibéricas, sus joyas, el desparpajo de aquellas hembras moviendo sus caderas al transportar las cántaras de agua. Se sentía como ellas, descendiente legítima de esas tartesas que gobernaron a los hombres, libre, orgullosa, capaz de seducir y fulminar con el rayo de una mirada. Y así se veía, por más que su estirpe fuera cristiana vieja de sangre goda, sus cabellos como las espigas del verano y su ojos del color del limonero en abril.

Y en vez de ritos paganos y ofrendas a la diosa Cibeles, tuviera que rezar a la Virgen y soportar las advertencias de un confesor maloliente que nada sabía de la verdadera vida.

Contrariada, dio una enérgica palmada para que las sirvientes de su cámara fueran a vestirla. Sin casi probar bocado, más que un confite de higo que era su debilidad y unos pellizcos de granada aderezada con hidromiel, salió de casa para evitar el parloteo y olvidar el trajín.

Llevaba un ligero bridal⁵ de color grana y los cabellos recogidos con finísimos hilos de oro. No quiso ponerse arracadas ni collar, sólo brazaletes en las muñecas. Se había calzado sus borceguíes de raso elevados sobre pequeños coturnos, con los que caminaba mejor. Iba acompañada de una dueña y se dirigía al encuentro de sus comadres, que ya andarían por el paseo enterándose

⁵ Vestido de mujer.

de las novedades. Al menos sus risas y cuchicheos acallarían los negros pensamientos de su espíritu exigente.

No es que le entusiasmaran estas señoras a quienes veía a diario, ni tampoco tenía entre ellas una amiga o confidente especial. No eran sus compañeras de infancia, jóvenes casadas al cuidado de una familia, sino ricas viudas de edad considerable que holgazaneaban a diario por el Arenal, sin más pasatiempo que sus interminables conversaciones, paseando al sol o sentadas a la sombra con su comadreo incesante, descargando sus frustraciones y despedazando con saña lo que caía entre sus garras.

Al grupo de mujeres que esperaban ansiosas la llegada de la Guzmán, tampoco les agradaba demasiado la altanera jovencita con sus aires de gran señora. Envidiaban su belleza deslumbrante, añoraban su edad y admiraban a hurtadillas ese cuerpo perfecto, sus maneras señoriales. Les gustaba su conversación aunque a menudo no la comprendieran. Leonor se sentía como una intrusa obligada a rodearse de damas marchitas que ya no necesitaban paños íntimos. Rostros ajados a los que los afeites daban aspecto de máscara con labios fruncidos y miradas aviesas, gestos insolentes o perrunos, de falsa conmiseración o ignorancia.

Pero al fin eran ellas con quienes podía estar, y eso era mejor que quedarse en casa rumiando la decepción de una vida truncada. Además, había que salir, dejarse ver, por si algún caballero de posición pudiera interesarse y enderezar su vida, aunque ella guardase todo su amor para el marido muerto, aquel valiente doncel que juró matarse si no se casaba con ella.

- Acelera el paso, Sisebuta.

"¡Vaya!, hoy no estamos para bollos", pensó la criada.

- Y a qué tanta prisa mi señora, si sólo nos esperan las viejas cotorras que os dejan la cabeza como el zureo de un palomar en pleno verano.

Leonor calló. Adoraba a esta mujer que estaba con ella desde que nació. La criada, que era generosa de cuerpo, decidida de carácter y más lista que una comadreja, no desperdiciaba la ocasión de distraer a su ama. Sabía que sus palabras, dichas con libertad y sin falsos respetos, terminaban por devolverle la

sonrisa. Cuando empezara a llamarla Sise, es que ya habría recuperado el humor.

- Más nos valdría acercarnos al malecón y ver a los pescadores. Con este tiempo se quitan las camisas y hasta los calzones, y hay que ver cómo lucen sus cuerpos con el agua y al sol los muy gañanes. ¡Quién fuera Guadalquivir, niña de mi alma! Bien quisiera yo ser barbo o trucha, o lo que demonios pesquen esos barbianses, para dejarme coger una y otra vez entre sus manos.

- Calla Sise, que te van a oír.

- Que me oigan, vive el cielo, y se les caigan los tapujos que llevan remendados bajo la enagua, las marranas ésas.

- ¡Sise! -Leonor rió por primera vez, haciendo un gesto de prudencia y tapándose la boca. "Eso está mejor", se dijo la criada, satisfecha. A veces sus procaces conversaciones se parecían más a las de los arrieros que a las que debían tener una viuda y su dueña, pero a Sisebuta le gustaba propasarse con la lengua ya que era más virgen que una ternera y tenía su vida consagrada a la señora Leonora, y a mucha honra.

A la joven también le gustaba seguirle la corriente y bromear con ella sobre los hombres. Ya no era Leonor la joven vestal de ceño fruncido que salió de su casa como si fuera al martirio. El arrullo incesante de Sisebuta, su forma de ver y explicar las cosas reales de la vida, le habían devuelto a su ser.

Se acercaba ya, sonriente, por el lado del aljibe mayor y podía vislumbrar el corro de viudas reunidas en silletas, con una algarabía nueva de muchachas a su alrededor que resultaron ser sobrinas, hijas y hasta nietas venidas para el acontecimiento, algunas desde tan lejos como Toledo y Jaén. Leonor escuchaba retazos de conversaciones y suspiros prolongados, observaba atónita las caras de arrobo que ponían al nombrar a Don Alfonso, los gestos como implorando al cielo. "Las muy necias ven al rey como un caballero galante -pensó- hasta se permiten espolear los delirios de estas jovencitas que sueñan con él. ¡Qué majadería y qué procacidad!. El rey ya está casado y lo último que haría sería poner sus ojos en una de estas palurdas atolondradas. Él ya tiene su reina portuguesa".

La joven asentía con la cabeza a palabras que no escuchaba. No pudo resistir mucho tiempo. El ambiente no daba reposo, había trasiego por todas partes. Las mujeres se esmeraban con los escobones por patios y zaguanes, los hombres se afanaban con los arcos, apuntalaban las vigas a la entrada de la plaza y los mozos tendían cordeles y ramajes. Otros echaban espuestas de arena limpia desde unos carros y jaleaban a las jóvenes que sacudían reposteros o descabezaban rosas con parsimonia a la puerta de sus casas, mientras los chicos subían cestos rebosantes y multicolores a lo alto de las terrazas por donde habría de pasar el rey. Sintió el mismo frenesí que impedía pararse a la gente a charlar más de la cuenta.

- Vámonos Sisebuta.

- Al fin, señora. Estas piernas mías están más hechas para caminar que para estar sentada con las gallipavas.

Una de las aludidas, de fino oído, levantó la ceja y dirigió una mirada de desprecio hacia la criada que contestó con igual desdén, sin disimulo.

- Vayamos a los quehaceres, que las damas están muy ocupadas.

- Adiós señoras -Leonor se apresuró a despedirse antes de que Sisebuta dijera algo peor. Cruzaron hacia el río, dando un rodeo para volver a casa. En el cielo no había ni una sola nube y la luz reinaba con su esplendor habitual, pero la mañana era aún fresca y el ambiente olía a verde y a flor. Leonor se fue contagiando poco a poco de la alegría, del espectáculo. Faltaba poco ya, la gente decía que pasado el mediodía entrarían por la puerta de Antequera. Realmente sí era un día espléndido, especial.

Pensó en Don Alfonso. Recordó el día que se conocieron, tres años hacía, cuando ella estaba casada y él aún era un muchacho soltero con un fino bigote rubio. Estaban en el alcázar y el monarca se acercó pidiendo que se la presentaran. Ella le hizo una reverencia y cuando se levantó apoyada en su mano pudo ver sus ojos intensos mirándola, su piel enrojecida por el sol y una boca atrayente que no cesaba de sonreír. Luego, un grupo de caballeros le llevó hacia unos prelados que acababan de entrar y ella se quedó allí, parada, junto a su marido, mientras Alfonso miraba hacia atrás y volvía a sonreír.

Recordaba perfectamente las palabras de Juan, su esposo: "Has enamorado al rey, Leonora, y no es de extrañar. Y te digo que sería el único hombre al que no atravesaría con mi espada si te pretendiera, pues merece lo mejor. Y tú eres lo mejor". Lo había dicho serio, sin mirarla, con los ojos fijos en aquel soberano tan parecido a él y a quien admiraba profundamente. También recordaba sus propias palabras: "Tú eres mi único rey y no quiero otras coronas".

Sisebuta la sacó de los recuerdos con sus rezongos.

- Tú sí que deberías soñar y hacer dengues, mi niña, que hoy llegan muchos caballeros y seguro que hay más de uno dispuesto a sacarnos de esta vida de beatas que llevamos.

- ¿Y qué quieres que haga, condenado abejorro?

- Hermosearte, mandar que pongan las mejores guirnaldas en tu balcón, lucir las perlas que te dio tu marido que en paz descanse y alegrar esa cara. Que la fruta es buena mientras se puede comer. Luego se pudre y ya no la quiere nadie.

- Me haces sentirme como una ramera.

- Más ramera deberías ser y menos melindrosa. Cuando Don Alfonso te saludó en los alcázares, sólo acertaste a ruborizarte y no dijiste esta boca es mía, según me has contado un millón de veces.

- Entonces estaba Juan a mi lado.

- Pues ahora ya no, así que espabila, mi bien. Si no es el rey, otro vendrá que te pretenda. Y espero, por vida de las dos, que no te quedes con cara de lela y te portes como debe hacer una mujer. Ay, no sé para qué lees tanto a ese Petrarca de los amores a distancia. Hazme caso, Eleonora, ángel mío. Hoy tenemos que esmerarnos.

Leonor dejaba hablar a Sisebuta mientras se preguntaba si verdaderamente no habría entre tanto caballero algún joven que se fijara en ella y pudiera ser de su conveniencia. Dejó que su más íntimos deseos hablaran en su corazón. Tenía derecho a ser feliz, o al menos a cambiar de vida como decía Sise. Lo cierto es que el aya tenía razón y ella lo deseaba con todas sus fuerzas.

- Vámonos a casa. Te dejaré que pongas alheña en mis ojos y me muestres como una mercancía preciosa.

- ¡Así se habla, tesoro! Que no somos las mujeres lo que somos sino fuera porque manejamos a esos calzonazos y gobernamos por lo que les cuelga.

Leonor reía a carcajadas.

- Y tú, hermosa doncella, ¿cómo es que no tienes uno para ti sola?

- No me provoques que aún tengo redaños para ponerte en mis piernas y darte una tunda. Yo hice profesión de castidad, como esas monjas de Santa Clara, para cuidar de una santa que no baja de la peana así aparezca el Redentor a caballo.

Justo cuando el sol comenzaba a dejarse caer por la bóveda del cielo, estalló la algarabía de címbalos y trompetas apostados en las torres orientales de la muralla. El gentío se apretujó al borde de la calzada y atestó las balconadas y terrazas por las que habría de pasar el cortejo, mientras los guardias tomaban posiciones a lo largo del recorrido.

Tras un largo rato, en el que el ansia de la espera se entretenía con las voces de aguadores, vendedores de torrijas y almendras garrapiñadas, moriscos que ofrecían abanicos y madres que llamaban a sus hijos, comenzaron a oírse unos sonidos lejanos metálicos y agudos. Eran los trompetines y las dulzainas de la cabalgata cristiana que tocaban una melodía pegadiza, reforzada de cuando en cuando con aires de marcha militar por redobles de tambor y fieros acordes de clarines. Los pebeteros instalados en las esquinas comenzaron a exhalar el humo perfumado de mirra y ámbar, hasta que el aire de la ciudad pareció condensarse entre los magnolios y las azaleas, anegando las plazuelas, escapándose entre callejuelas por las que corrían azarados grandes y pequeños buscando un sitio mejor.

- ¡Que vienen, que vienen!

Una cohorte de jinetes en filas cerradas avanzó por el palmeral de Santa Justa. Llevaban pendones arrancados a los moros, además de los suyos, armaduras con el yelmo abierto y las cimeras cubiertas de plumas. El trote nervioso de los caballos levantaba las gualdrapas blancas con cruces rojas que los cubría hasta las pezuñas. Era la vanguardia de los caballeros de Santiago, que por su valor en la pelea y haber sido los primeros en entrar en Teba tenían el privilegio de encabezar la marcha.

Con su aparición estalló el delirio. Se oyeron aplausos, gritos de favor, las primeras flores se arrojaron a su paso. Las monturas, acostumbradas al fragor de la batalla, parecían comprender que aquello no era más que una celebración y mantenían la formación sin encabritarse. Detrás desfilaba una larga escuadra de ballesteros a pie, todos con loriga y almófar, portando el arma entre las manos. El pueblo vitoreó a estos soldados, muchos de ellos vecinos de Sevilla.

Una carreta en la que se erguía un altivo prisionero musulmán apareció a continuación, seguida por una pequeña muchedumbre de cautivos encadenados. No estaban heridos ni habían sido torturados pues hasta llevaban sus turbantes puestos. Tampoco había mujeres ni niños. La muchedumbre, al contemplar su dignidad, no gritó y un mozuelo que se atrevió a arrojar una piedra fue enseguida recriminado. No es que fuera costumbre tratar bien a los prisioneros en ninguno de los dos bandos, pero esta vez Alfonso dio órdenes terminantes de respetar a la población una vez conquistadas las plazas. Quería mostrar a los sevillanos la magnanimidad en la victoria como la mayor virtud de un rey.

A una distancia de cien pies, cabalgaban los jefes de las mesnadas con la mejor representación de sus huestes. Los Lara, Haro, Castro, Velasco, Manrique, Lasso, Coronel y demás linajes, aparecían ataviados con sus colores y enseñas, saludando a la población que les arrojaba flores. Por fin, rodeado por un nutrido grupo de prelados, maestros de las órdenes y palafreneros, venía Alfonso.

Podía distinguirse su corcel blanco entre los demás y la mano en alto saludando. Vestía justillo de brocado y calzas de terciopelo, sin armadura. Su

enorme manto caía desde los hombros hasta los cascos del caballo, sujeto por una cinta de esmeraldas, diamantes y piedras preciosas. Llevaba cinturón y espuelas de oro, el cetro repujado descansando en la mano con la que sujetaba las riendas y la corona que le regaló María. Tenía el cabello largo como todos los suyos, pues sólo a los judíos y moriscos les era permitido llevarlo corto.

Alfonso entraba triunfal en Sevilla por tercera vez y era tal su felicidad que deseaba que aquello se convirtiera en costumbre. Las amarguras de la batalla, las privaciones del asedio y el horror del cuerpo a cuerpo quedaban lejos, una pesadilla cuyo despertar era la mejor de las realidades. Mientras oía los gritos de júbilo se dejaba mecer por las sucesivas oleadas que coreaban su nombre y el de Castilla, veía las hermosas hembras andaluzas que le excitaban, escuchaba el rugido de triunfo de los hombres y se emocionaba con la expresión de felicidad de los más mayores.

En un lugar estratégico, haciendo ángulo con la explanada de la catedral, los jardines del alcázar y la vereda del río, esperaban las autoridades de la ciudad en un templete. Tres grandes arcos de flores los rodeaban y al lado, esperando su turno, seis caballeros sostenían el palio de seda para dar escolta al soberano.

Hubo largas ceremonias, besamanos y discursos. Antes de que el sol se escondiera por la ribera del Guadalquivir, Alfonso quiso recorrer la ciudad y dar un gran rodeo para tomar el camino del alcázar. Deseaba atravesar el mayor número posible de calles para volver a escuchar el griterío de la multitud, sentir el amor de los sevillanos y cruzar el Arenal por ver si veía en los balcones de los Guzmán a alguien cuyo rostro no había olvidado.

Dieron vueltas y más vueltas. Cruzaron los arcos de la Morería, siguieron por Santa María y al fin dieron a unas callejas angostas que desembocaban en una plazoleta blanca cuajada de naranjos. Un jinete se acercó al monarca y le susurró.

- Es ahí arriba, señor. Entre los jazmines del segundo piso.

Allí estaba. La cercanía de su persona dio un vuelco a todo su ser. Alfonso sintió el mazazo de la belleza en sus entrañas y tuvo que fruncir los

ojos para no poner cara de idiota. La escolta le abrió paso. Salió del palio sin miramientos y se dirigió hacia los balcones.

Leonor contemplaba atónita cómo el rey venía hacia ella. Oyó entre sueños la voz de Sisebuta -¡Álzate tontina, viene a saludarte!- y escuchó el sordo rumor de sedas de su abuela poniéndose en pie. Pero ella, la mujer recia que a los diecinueve años pensaba que era ya demasiado vieja, la viuda que tanto respeto imponía, era incapaz de moverse y sólo sentía un intenso rubor abrasándole las mejillas.

Por fin se levantó ayudada y sus manos se apoyaron en la baranda de madera. El rey se acercaba, venía directo hacia donde estaba ella. Al igual que las otras damas hizo una reverencia cuando llegó y el adorno de flores que llevaba prendido cayó de su cabeza. Alfonso no tuvo más que alargar el brazo para recogerlo. Luego sonrió, lo besó, y colocó el ramillete en el pomo de su montura.

Todos aplaudían y reían.

Menos Leonor, que se había quedado blanca como un jazmín.

Los días transcurrían apacibles en la capital andaluza. Las victorias habían asegurado las paces con el rey de Granada, quien se apresuró a comunicar al castellano sus deseos de establecer una tregua y volver a la condición de feudatario suyo. Los pocos convalecientes de los combates curaban de sus heridas y los caballeros andaban ocupados tomando posesión de las nuevas tierras. La reina Doña María anunció desde su retiro que se trasladaba a Sevilla para participar de las alegrías por las nuevas conquistas y acompañar al rey.

Las fiestas y los banquetes se sucedían en las casas de los grandes señores y Alfonso acudía a cuantas podía acompañado de sus lugartenientes y amigos, engalanados y dispuestos a seducir a las jóvenes que estuvieran libres.

Pero Leonor no aparecía.

Su luto le impedía asistir a celebraciones que no fueran de sus familiares. Alfonso se impacientaba. Por fin, fue anunciada la presencia de la viuda de Juan Velasco en casa de Juana de Guzmán para asistir al banquete que Enrique Enríquez, su marido, ofrecía al monarca.

- Que tu hermana se siente a la derecha de Su Alteza. Estoy seguro que eso le procurará gran placer.

- Yo me ocuparé de que así sea, aunque ya sabes lo terca que es. Espero que por una vez se guarde sus escrúpulos y no nos salga con remilgos.

Decía esto Juana riendo, encantada de poder sentar a su mesa al rey de Castilla y que éste hubiera puesto los ojos, según decían todos, en Leonor. Pero no estaba muy segura de que su hermana siguiera el juego al que muchas se prestarían sin dudarlo. Lo que ella buscaba era un marido.

Llegó el día y Alfonso se presentó en la casa sin ningún protocolo. En el dintel de la puerta se encontraban Enrique y Juana rodeados de servidumbre y en el patio esperaba una pequeña formación de parientes entre los que estaba Leonor. Vestía una saya de terciopelo granate que realzaba la palidez de su cara y tenía el pelo trenzado con pequeñas perlas. Llevaba cinturón de oro, a la francesa, y un amplio escote por el que asomaban sus senos perfectos, apenas velados por un borde de gasa prendido con zarcillos de diamantes.

Alfonso quedó pasmado al verla. Como se había detenido delante de ella, los que le acompañaban también lo hicieron, mientras el grupo de familiares hacían su reverencia. Durante un momento eterno, contempló cómo aquella criatura se humillaba para volver a erguirse con majestad absoluta. De nuevo sintió un latigazo que le impedía escuchar, ver, articular palabra. Las risas contenidas le sacaron de su ensimismamiento. Leonor miraba de frente, desafiante, pero en realidad tampoco veía, pues algo en los ojos y la expresión de aquel hombre la trastornaba por completo.

El rey se dirigió a ella extendiendo su brazo.

- ¿Me hacéis el honor, señora?

Leonor iba a responder que sí, con una de aquellas frases cortesananas que había leído en los libros, pero su garganta estaba seca y sólo acertó a asentir con la cabeza.

El banquete discurría con tranquilidad entre susurros que no subían de tono. Los comensales no pasaban de docena y media y la conversación era a menudo general. Se hablaba, naturalmente, de las últimas conquistas a los moros y las que habrían de venir, de la gloria de los Enríquez y Guzmanes, de las paces con Granada y del eterno Don Juan Manuel. Quienes se dirigían al monarca apenas lograban más que monosílabos, sonrisas o pequeños comentarios. Había diálogos entre compañeros de mesa, casi a hurtadillas. Todos espiaban de reojo a la dama que se sentaba a la derecha del rey.

Pero ellos no habían cruzado palabra y ni siquiera se habían mirado.

Cuando sirvieron el venado y los criados terminaron de escanciar el vino especiado, Alfonso se volvió a Leonor.

- Apenas habéis probado bocado.

- Vos tampoco.

Leonor jugueteaba nerviosa con una de las flores que adornaban el mantel.

- No es posible atender el cuerpo cuando el alma está en el Paraíso.

- ¿Acaso sois santo además de rey?

No sabía cómo le había salido. Se suponía que debía ser tímida y cortés, pero la frase le había brotado de dentro. Quería conocer al verdadero Alfonso, no al monarca.

- Ni santo ni rey, señora. Sólo un pobre mortal herido por el rayo de la belleza.

- Un conquistador como vos debe estar protegido para que no le alcance ningún rayo.

- Bien quisiera yo ser conquistador y que el rayo que deseo me alcanzase por completo.

- No es más que flecha de madera, Señor, lo que vos llamáis rayo.

Hablaban ya sin pausa, mirándose a los ojos, cabalgando ellos solos sobre las palabras. Nada existía sino aquella maravilla para Alfonso, los prodigiosos ojos en los que se hundía sin remedio y su boca indescriptible, imposible de evitar con la mirada. La proximidad, la voz, la belleza exquisita de Leonor le curaron todas las heridas y aliviaron su corazón decepcionado. Ya no había soledad, ni dudas, ni dolor. Sólo esperanza.

A Leonor se le abrieron de golpe las ventanas a un mundo más allá de su rutina diaria, de los comentarios procaces de Sise, las mañanas en el Arenal y las tardes con la labor junto a la abuela. Era como si las compuertas del caudal contenido que ahogaba su espíritu estuvieran a punto de levantarse, de derramar de un golpe todo lo que sujetaban. Una inmensa capacidad de amar aprisionada.

Pero no podía ser.

El rey estaba casado y ella debía enderezar su vida con un hombre a su lado que le diera hijos. Jamás aceptaría ser una de esas amantes ocasionales que esperan los favores del amado como la tierra reseca. Por eso sus palabras sonaban tristes y burlonas. No quería dar alas al caballero.

Cuando Alfonso, en una operación perfectamente estudiada, pudo quedarse a solas con ella en una habitación contigua, quiso besarla. Leonor se negó.

Antes de que continuara su acoso, la digna Guzmán le dijo que sólo se entregaría a quien hubiera de ser su marido, el hombre que habría de acompañarla en la vida.

Y para que quedara claro, le repitió lo que pensaba sobre las amantes encerradas esperando siempre a su señor.

Capítulo 9

Amor, que también existes

Es amor fuerza tan fuerte
que fuerza toda razón;
una fuerza de tal suerte,
que todo seso convierte
en su fuerza y afición
una porfía forzosa
que no se puede vencer,
cuya fuerza porfiosa
hacemos más poderosa
queriéndonos defender.

Jorge Manrique, *Diciendo qué cosa es Amor*
siglo XV

En todo amor reside un afán de unirse el que ama a otro ser que aparece dotado de alguna perfección. Es, pues, un movimiento de nuestra alma hacia algo en algún sentido excelente, mejor, superior. Que esta excelencia sea real o imaginaria no hace variar en lo más mínimo el hecho de que el sentimiento erótico -más exactamente dicho el amor sexual- no se produce en nosotros sino en vista de algo que juzgamos como perfección.

José Ortega y Gasset, *Amor en Stendhal*
siglo XX

Alfonso se retiró cabizbajo y salió sin despedirse. No se preocupó de embozarse para que no le reconocieran los pocos transeúntes que en aquella hora andaban por la calle, ni quiso enmendar el gesto o disfrazar su melancolía.

Deambuló por estrechas callejuelas antes de llegar al alcázar, recorrió los palmerales y la alameda, se sentó en las piedras de una placilla para sorber su enojo, mientras la luna aparecía y desaparecía por encima de las tapias de los corrales, entre los árboles, mostrándole que ella, también, estaba sola.

Al llegar a palacio despertó a los sirvientes, pidió a gritos vino y exigió la presencia de su esposa. Al menos saciaría su ardor de macho excitado con la persona que la Iglesia, las leyes, los intereses del reino "¡Dios, hasta yo mismo!" habían bendecido.

La reina acudió a su habitación perfectamente vestida y acompañada por dos de sus damas. Alfonso pidió que las portuguesas se retiraran y que ella se despojara de sus ropas, pero no consiguió ni lo uno ni lo otro. Estaba embriagado y sus maneras eran hoscas, desacompañadas. Con la mirada extraviada, se apoyó en el alféizar de la ventana dando la espalda a las mujeres.

María ordenó a sus damas que se quedaran con un leve gesto de la mano, y se dirigió a su marido sin morderse la lengua.

- ¿Acaso no os ha procurado suficiente placer vuestra concubina por esta noche?

El rey miró a su mujer extrañado. Qué bien debía conocerlo a pesar de todo.

- No tengo concubinas María. Y vos sois mi esposa.

- ¿Y cómo debo llamar entonces a quien, todavía viuda, se ofrece para ser postre vuestro?

Alfonso se levantó y la sujetó por la muñeca. Estaba visiblemente enfadado.

- No os consiento que habléis así de Doña Leonor.

- ¿Doña Leonor? ¡vaya! así llamáis a esa ramera, digna hija de su linaje.

- ¡María!

- ¿Es que acaso os ha rechazado?

Las damas estaban aterradas. A la reina le encantaba sulfurar a su esposo y zaherirle con sus celos, fundados o no. Ya habían sido testigos de otras broncas descomunales como la que se avecinaba y en esos casos no sabían qué hacer salvo llorar, gemir, y si la cosa iba a mayores, llamar a la guardia.

Y lo fue.

María se rió de Alfonso de manera cruel.

- No hueles a hembra, rey de Castilla. Has conquistado castillos y fortalezas pero se te resiste la pequeña torre de los Guzmanes ¿no es eso?, ¡pobre infeliz! Y creías que María de Portugal, hija y tataranieta de reyes, iba a ocupar el lugar que una aldeana ha rechazado.

María se soltó del brazo que apenas la sujetaba ya. Alfonso estaba aturdido por el carácter endiablado de esta mujer y su capacidad de fabulación, aunque ahora no andara descaminada. Ella hacía ademán de retirarse cuando unas palabras de él la detuvieron en seco.

- Vos, como yo, también descendéis de una bastarda que se apellidaba Guzmán⁶.

- ¿Cómo os atrevéis?

- ¿Cómo? ¿Y vos lo preguntáis que entráis en mi habitación ofendiéndome en vez de acudir solícita como haría una esposa?

- Pues si queréis una esposa solícita llevadme a vuestro lado y no me dejéis olvidada. Una reina es algo más que un adorno o una vagina reproductora, así que...

Alfonso se levantó de un salto de la silla donde estaba semiderrumbado y le dio una bofetada. Las azafatas portuguesas se llevaron las manos a la boca pero como la reina no dijo nada, ni gritó, no se movieron. Como tampoco entendían bien el castellano, no alcanzaron a comprender las feroces palabras de su señora, que sí dominaba perfectamente la lengua de Alfonso.

Hubo unos segundos de tenso enfrentamiento entre los monarcas. Luego la soberana se alzó las sayas para darse la vuelta, y concluyó su frase.

- ...buscaros otra para esta noche.

Salió, muy erguida, con la mejilla marcada y la vagina intacta como había entrado.

⁶ Doña Mayor de Guzmán, ver capítulo anterior.

Abandonado. Arrastrado a la soledad como castigo. Arrojado sin contemplaciones al seno perpetuo de su desgracia.

No alcanzaba a comprender la razón de tanto rechazo, el motivo de tanta ausencia. Había perdido a sus padres recién nacido, a su adorada abuela a los once años, ya no tenía cerca a su hermana y Garcilaso y Alvar eran muertos. Ahora su mujer le desdeñaba. Todos le dejaban demasiado pronto.

¿Por qué no le escuchaba Leonor?

Eleonora... su solo nombre le arrancó un suspiro de desolación y el lacerante recuerdo de sus ojos tristes le provocó el llanto.

Fuera de la estancia, Martín Portocarrero y Alonso Coronel, los amigos y lugartenientes de su edad que velaban sus noches y a quienes les hubiera gustado estar a su lado en aquellos momentos, se miraban estremecidos. Ellos, que jamás le abandonaron y de los que ni siquiera se acordaba, estaban a la puerta de su alcoba cuando llegó triste de su encuentro con Leonor, habían visto salir a la reina con la cara marcada y no comprendían cómo las cosas podían complicarse de tal manera para un mancebo apuesto, cortés y juicioso como su amigo, que era además rey victorioso. Le oían llorar y por un momento quisieron entrar. Luego comprendieron que hay cosas que un hombre debe tratar a solas con su corazón y que ninguna presencia ha de importunarle, a menos que fuera una morisca de formas rotundas de esas que tanto le gustaban. Pero no había ninguna a mano.

El día amaneció soleado y la ciudad bullía con su acostumbrado ajeteo cuando un vendedor de naranjas con su carrito de mano se abrió paso entre las caballerías y los criados en el patio de los Guzmanes. Iba encorvado, medio tapado y explicaba con voz ronca y gestos de impaciencia que traía para Doña Leonor un encargo desde Sanlúcar. Alguien avisó en el interior y al cabo apareció la joven en la baranda del primer piso preguntando por el envío.

- ¿Quién me manda esas naranjas buen hombre?

El vendedor acercó la carga todo lo que pudo y apartó un poco su capucha. El gris azulado de los ojos de Alfonso brillaba aquella mañana como si la noche pasada en vela, el llanto y la desesperación no hubieran existido y sólo la alegría de vivir los iluminara. El amor había vencido al sufrimiento, la diligencia se impuso a la apatía.

Leonor llevaba el pelo suelto y su camisón de dormir algo desabrochado. No salía de su asombro. Se quedó muda, perpleja, absorta en la hermosura del joven que sonreía ante la indiferencia de los que trajinaban por el patio.

- Os las manda quien bien os quiere para endulzar vuestras horas y perfumar vuestro lecho con aroma de azahar. Para que iluminen vuestra risa con el sol que llevan dentro.

La joven era toda ansiedad pero no se atrevía a moverse. Como notó los nerviosos pasos de Sisebuta a su espalda, le hizo un gesto disimulado para que no asomara, lo que la criada inmediatamente interpretó como ojo avizor.

- Decidle a mi señor que se lo agradezco de todo corazón y que corresponderé como pueda a su presente.

- Así lo haré, reina de Sevilla, te lo juro por mi desgracia -Alfonso se tocaba la falsa joroba- por el sol que todos los días sale para contemplar tu hermosura, por la luna que ilumina el océano de tus ojos y las pálidas estrellas que hacen guardia mientras tú duermes.

El disfrazado hacía reverencias y se cubría a medias, mientras los bucles de su cabellera dorada se desparramaban fuera de la capucha.

Ya había conseguido lo que quería, verla y hablar con ella.

La criada se alzaba y asomaba su regordeta figura por detrás de la joven, dándose cuenta de todo. Leonor se aupaba sobre el barandal y levantaba el brazo para saludar al chico jorobado del carromato, que arrojaba la carga a sus pies y se despedía tirando besos.

Todo sucedió en un momento, sin que el trasiego del patio cesara ni nadie se percatara. Cuando Leonor se volvió, radiante, Sise la miraba con cara de "ya te lo decía yo".

- Calla Sisebuta, no digas nada.

A mediodía, un emisario de palacio llegó a la casa precedido de cuatro palafreneros. Esta vez todos se dieron cuenta y cuchichearon mientras el paje, muy estirado, preguntaba por Doña Leonor de Guzmán y Ponce de León viuda de Don Juan de Velasco, y se hacía introducir por un sirviente hasta una estancia cerrada que fue recibidor antes del luto. Allí comunicó a la joven que el rey requería su presencia en los alcázares reales, esa misma tarde, a la hora sexta, en la salón de embajadores.

- No os demoréis señora.

El miedo se apoderó del corazón de la sevillana. Esa llamada tan perentoria, con heraldo, audiencia y sala de embajadores. Seguro que el rey iba a desterrarla por haberle negado sus favores. Pero si era así ¿a que venía la farsa de las naranjas? ¿sería su manera de decirle adiós?. Ya se veía Leonor camino del exilio con la pesada de Sisebuta diciendo "ya te lo decía yo" y la abuela Guzmán deshecha en lágrimas y lanzando improperios contra "ese jovenzuelo arrogante que se hace llamar rey".

Se vistió con solemnidad y eligió lo mejor de su guardarropa, el vestido de ceremonia de terciopelo verde con las mangas acuchilladas y acabadas en largas ojivas que llegaban al suelo, con todo los remates en pasamanería de seda negra. Sin cinturón. Lo sujetó bajo el busto con la mejor joya de los Velasco, un zafiro oscuro como una tarde de tormenta engarzado entre topacios y diamantes que formaban un pequeño cuadrado, aunque no tan pequeño como para que su destello no pudiera verse desde el mismo trono del salón de embajadores cuando ella hiciera su entrada. Toda la parte delantera quedaba libre, mostrando la saya finísima de damasco, blanca como su virtud despreciada, con reflejos dorados.

“Un vestido perfecto para el martirio”, se dijo convencida.

Hizo que le recogieran el cabello sólo por delante con dos trenzas que se unían en la parte posterior de su cabeza mediante una labor de cuentas de coral y dejó que peinaran y perfumaran su larga cabellera para llevarla suelta. Se puso sus anillos de casada, otro con un precioso rubí que era de su padre y tres más que le dio la abuela. Siete en total. Dejó que Sisebuta le aplicara polvos de

arroz molido en la cara con una borla de vellón. En el escote, cerrado, prendió una ristra de cadenas de oro ensartadas con perlas. Acariciaba su cuello una golilla de hilo bordado en picos con forma de pétalos que hacían parecer a su cabeza una delicada flor, madura e inalcanzable.

Ya vestida como corresponde a una dama que acude a la presencia del rey, Leonor llamó a dos de sus primas para que la acompañaran. Eran jóvenes casadas, no muy agraciadas, tampoco era cuestión de desviar la atención. Pidió mil excusas a la agitada Sisebuta por no poder llevarla consigo. La criada, rezongona pero feliz, se hizo cargo. Ella estaba segura de que su niña no iba a ser desterrada.

A la hora fijada cruzaba el Patio de los Arrayanes en dirección al lugar que se le había dicho. Aquí y allá se veían andamios por los que pululaban artesanos de la piedra, mamposteros y albañiles que reconstruían el palacio con nuevas labores de estilo musulmán. En la Fuente de los Suspiros se encontró con que los soldados les cortaron el paso. Otro cortejo de mujeres venía en dirección opuesta. Al pasar la reina María con sus veintidós damas, se detuvo a la altura de la Guzmán y sin mirarla a los ojos escupió al suelo. Leonor quedó tan ofuscada que a punto estuvo de desmayarse, pero las órdenes terminantes de los guardias la hicieron avanzar.

El rey estaba solo en el Salón de Embajadores, sentado en el trono, con esa sonrisa que ella ya conocía y que en realidad no prodigaba demasiado con quienes estaban con él. Volvió a quedar confundida ante la ausencia de cortesanos, pajes o guardias y pensó más que nunca que el rey de Castilla iba a expulsarla del reino. Haciendo un esfuerzo de dignidad, advirtió a sus damas para que no la acompañaran y se dirigió erguida y solemne hacia el sitio donde se encontraba el monarca. Al llegar a una altura de diez o doce pies se dejó caer en una profunda y silenciosa reverencia. Alfonso la observó sin dejar de sonreír y se levantó para ayudarle a alzarse.

- Eleonora, mi dulce paloma, estáis aún más bella que la última vez que os vi.

Ella no pudo articular palabra ante la amable frase de Alfonso y aunque su gesto de sorpresa la delató, el rey no hizo caso. Él hablaba bajo, como si quisiera disculparse.

- He querido recibiros en el sitio que me corresponde, sin engaños ni disfraces, para que veáis que un rey no deja de serlo por abrir su corazón.

La condujo de la mano hasta una estancia contigua en la que había un diván, una mesa con bandejas repletas y varios pebeteros en los que ardía mirra y romero. Mientras preparaba vino con canela y limón en dos grandes copas de plata le preguntó por su abuela y recordó la última vez que había visto a su marido, Juan de Velasco. "Una gran pérdida", dijo el soberano, escanciando para sí su copa y sin mirar a Leonor, que contestaba con pequeñas afirmaciones apenas audibles. "Toda esta conversación tan normal entre familias de alcurnia, pero tan cínica -pensó Leonor- no le servirá para ablandarme".

Alfonso se volvió hacia ella ofreciendo una copa y mirándola con seriedad, sin la sonrisa que tanto la turbaba. Sin duda aquél era el cáliz de su amargura y se lo ofrecía para que lo apurase delante de él.

- Pero ahora sois una mujer libre de compromiso y estáis en la flor de la edad.

- Sí.

Estaba consiguiendo que se ruborizase. El rey no dio importancia a su sonrojo, se sentó a su lado y la tomó de la mano.

- Leonor, os he llamado porque mi corazón está triste y deseo encontrar una amiga que me comprenda y me ayude a vencer la tristeza.

- Pero señor -Leonor olvidó de golpe su timidez anterior- ¿entonces no vais a extrañarme?

- ¿Extrañaros? -Alfonso no pudo evitar reírse de aquella ocurrencia- ¿por qué habría de extrañaros?

Leonor bajó la cabeza, no quedaba más remedio que seguir siendo sincera.

- Creí que ése era el castigo por haberos rechazado la otra noche.

La risa de él pudo oírse hasta en el salón de embajadores.

- No, querida mía. No hay ley que obligue a una mujer a compartir el lecho con un hombre si no es ése su deseo. Pero, en fin, ya que lo mencionáis, no... no era sólo el deseo de la carne lo que me movió a solicitar vuestro favor en casa de vuestra hermana. La verdad es que desde... desde que os vi esta última vez, no he dejado de pensar en vos.

Leonor estaba a punto de sonrojarse otra vez pero prefirió mirar de frente a aquel muchacho tan sincero, seguir la corriente a ese rey tan galante que le hablaba de amores y entrar en su juego.

- Yo también he pensado mucho en vos, Alteza.

- Llamadme Alfonso, que ese es mi nombre para quienes me quieren.

- ¿Y quién os ha dicho que yo os quiero? -Leonor sentía que empezaba a ser ella misma.

- No, bueno, claro, tenéis razón. Quiero decir, deseo que me queráis. No, esperad, lo que quiero es que me escuchéis.

- Lo estoy haciendo... Alfonso.

- Bien -ahora era él quien miraba al suelo y le costaba encontrar las palabras- cuando habéis cruzado los jardines del alcázar os habréis encontrado sin duda con el cortejo de la reina.

- Sí- Leonor hubiera querido decir lo que había ocurrido pero prefirió callar.

- Se va a Talavera, una de las villas que le entregué por nuestro matrimonio. No quiere estar cerca de mí y me abandona.

- ¿Cómo? ¿por qué?

- No lo sé. Tal vez sea culpa mía, tampoco la he hecho demasiado caso. Pero siempre que hablamos acabamos peleando y ella se aparta de mi.

- Ya, comprendo.

- No sé si comprendéis del todo. No es que me queje de que mi esposa no me ame. Eso es algo a lo que los príncipes no podemos aspirar. El problema es que tampoco quiere compartir mi lecho y cuando lo hace es a costa de muchos trabajos y dolores por su parte -Alfonso se dejó caer hacia atrás en la esquina del diván y en su rostro se dibujó un gesto de pesar- Llevamos casados ya dos años y aún no ha concebido. Yo deseo ser padre, necesito un hijo que continúe

mi estirpe. Es mi deber como rey y mi deseo como hombre. No puedo seguir así.

Hubo un silencio denso y expectante. Leonor no sabía bien qué papel le estaba tocando jugar en todo aquello pero estaba segura que no era el de espectadora.

- Pues obligadla.

- Es imposible. No se puede concebir un hijo sin amor.

- Muchos son sólo fruto de la pasión.

- Leonor, no me discutáis también vos. Quiero que me comprendáis, que seáis mi amiga. Necesito alguien en quien volcar todo el amor que llevo dentro... - otro silencio opaco les devolvió la mirada de uno a otro- ...y una mujer a mi lado que me dé hijos.

- ¡Cómo os atrevéis! -Leonor se puso en pie indignada. Toda la fuerza de su raza la empujó a aquel gesto emocional que quería ser razonable. No quería ser una fortaleza inexpugnable pero tampoco una plaza de libre acceso, el rey estaba jugando con su dignidad- ¡me estáis proponiendo lisa y llanamente que sea vuestra concubina! Que yo sepa, los hijos de las concubinas no heredan el linaje del padre. Además -bajó el tono de su voz- tratáis de engañarme, me habláis con palabras zalameras, con trampas de amor, sólo para que consienta en un adulterio que siempre será odioso a los ojos del reino y de la Iglesia.

- Sé que no os importan demasiado las leyes de la Iglesia... que incluso acompañáis a escondidas a vuestras criadas moriscas cuando leen el Corán.

- ¡Señor! -Leonor se asustó y sintió por un instante todo el poder del monarca- si lo hago es porque encuentro palabras de consuelo en sus versos y porque me deleito en la cadencia de sus rimas.

- Ya, como en las de ese florentino que tanto os gusta, Francesco Petrarca.

- ¿Cómo lo sabéis?

- Mi deber es saber todo lo que me interesa. Pero decidme, por qué hacéis tanto caso a las penas de amor no correspondido ¿es que no queréis que os amen también a vos?

- Claro que sí. Ruego a Dios todos los días que me envíe un hombre de bien para que sea el padre de mis hijos y yo pueda vivir junto a él el resto de mis días.

- Leonora, tal vez Dios ya os lo haya enviado.

- ¿Quién, vos? Pero si estáis casado. Y además sois el rey. Me pasaría la vida encerrada esperando y preparando mi cuerpo para cuando Vuestra Alteza dispusiera de mi.

- No -Alfonso se acercó a ella y la abrazó- vivirías siempre conmigo porque no son los cálculos de los negocios los que me llevan a ti, sino el amor que te tengo y que no tendré por nadie más mientras viva. Tú serías mi reina y mi esposa porque yo ya te he elegido ante los ojos de Dios. Juntos podríamos desafiar al mundo y nadie podría separarnos.

- Si eso fuera así.

- Lo es, mi bien, te lo juro -Alfonso se había arrodillado y tenía entre sus manos de hombre la blanca y ensortijada mano de su amada. Leonor le miraba compungida y acariciaba sus hermosos cabellos mientras notaba su dolor y dejaba que las lágrimas le humedecieran la mano, que apenas sentía como suya.

- ¿Me amáis tanto Alfonso? ¿No sería un placer pasajero que olvidaríais en cuanto tomaseis el camino del norte?

Él la miró arrodillado, con los ojos rojos.

- Te amo desde el primer instante en que te vi. Más de lo que nunca hubiera creído que se pudiera amar. Jamás habrá otra mujer en mi vida porque tú has ceñido mi corona para siempre. Y así habrá de ser aunque me dejaras y no te volviera a ver.

- Es difícil lo que me pedís, Alfonso, pero creo que sois sincero.

La lucha de los dos adolescentes se estaba convirtiendo en duelo de titanes. El rey se había enamorado por completo de Leonor, conseguir su voluntad era lo que más le importaba y haría cuanto estuviera en su mano para tenerla. Ella sabía que si cedía habría de ser para siempre, que los ojos suplicantes la arrastraban hacia una pasión de la que no iba a poder salir. Se

resistía y quería razonar su retirada pero el dolor del muchacho y su propia desolación le iban ganando terreno.

No pudo dar explicaciones.

Sólo deseaba huir de aquella jaula de oro con la cancela abierta.

- ¿Puedo retirarme, Alteza?

Las secas palabras de la bella sacaron al muchacho de su ensoñación. Se levantó como monarca, la miró con la serena majestad que ya había adquirido y contestó con pretendida seguridad, sin dejar traslucir ningún rastro de pena.

- Podéis retiraros, señora, si así lo deseáis.

Era ya noche cerrada cuando los postigos de la casa de los Guzmanes se cerraron al paso de un carruaje apresurado y unos hombres con hachones a caballo. A simple vista, por el renqueante ruido de los ejes y el perezoso vaivén de las cortinillas que velaban su interior, nadie hubiera imaginado que allí iba una prisionera de su conciencia, una mujer atrapada por su voluntad indomable que había dicho no dos veces al rey de Castilla y que a pesar de sus esfuerzos por mantenerse al margen, iba a entrar de lleno en el vertiginoso torrente de la Historia.

La luna brincaba de nuevo por los tapiales y jugueteaba con charcas y ribazos, dejándose acariciar, mientras los sueños de esperanza o temor daban a la vida humana su cotidiana tregua.

Pasaron días soleados de rutina y noches en las que la luna se fue achicando como si quisiera desentenderse de lo que ocurría en la ciudad. El palacio vivía los preparativos para recibir a los emisarios granadinos que querían concertar nuevas parias y temerosas paces. Las fuentes seguían manando agua, pero sus chorros no eran la música de la mañana que acompañaba el concierto de los pájaros. Los aromas de azahar conquistaban las habitaciones aunque en una de ellas era como si no existieran. No había muertos ni duelo y sin embargo reinaba la tristeza.

Todos sabían por qué.

Una noche Leonor oyó revuelo en el patio y ruido discreto de caballería. Como no hubo voz de alto no se alarmó, algún mozuelo volvería de encontrarse con su amor o de jugar a los dados con sus amigos. Siguió buscando en los versos tristes del poeta florentino un imposible consuelo con los ojos secos y el ánimo resquebrajado. Su alma ausente estaba segura de haber dejado pasar la vida para siempre.

Amor, que todo lo quiebras, decían lo versos.

De pronto sonó un golpe en la ventana. ¿Qué hacer? Si nadie daba la alarma no había por qué gritar. Se levantó de un salto y fue a abrirla.

Allí estaba él, sujeto a una escala. Hermoso como un ángel, valiente como un héroe, tembloroso y suplicante como un doncel. Ella alargó sus brazos y le ayudó a entrar. Quiso taparlo por si tenía frío o buscaba cobijo, pero era él quien la desnudaba y abrazaba, tomando su voluntad y derribando las ya exiguas defensas. Cuando al fin tuvo el calor de sus labios entre los suyos, sintió que no había escapatoria, que aquel cuerpo glorioso era el ara de su sacrificio, el pedestal de un dulce martirio preparado desde la eternidad.

- Alfonso, mi amor, has venido.

- Para no dejarte marchar nunca más. Serás mía o de nadie, porque si me rechazas me mataré y nadie querrá a la matadora de un rey.

Leonor se rió ante el ocurrente dramatismo del que ya era su hombre. Entre sus brazos se acababan los temores y las dudas. Estaba escrito.

- ¿Vienes a por mí? ¿A llevarme contigo?

- Sí, mi bien. No puedo vivir, ni reinar, ni dormir, ni hablar, si no estás tú cerca.

Lo mío será tuyo y no habrá nada ni nadie que se interponga.

- ¿Lo juras?

- Lo juro.

El amor quebró la resistencia empecinada de Leonor y pudo con todos sus escrúpulos. La vida cambió de curso en el alcázar. A todas horas se oían músicas y por las noches se celebraban danzas y banquetes. Los hombres justaban y se ejercitaban y las mujeres jugaban con sus enamorados con misivas y requiebros. Eran tiempos de paz.

El rey de Granada pidió un año más de tregua que Alfonso concedió tras sopesar sus inmediatos beneficios. No sólo le aportarían importantes dineros a sus arcas escuálidas, también privaba a Don Juan Manuel de uno de sus aliados más combativos, pues las noticias que venían de Castilla hablaban de nuevos pactos infames del infante con Juan Núñez de Lara, dispuesto de nuevo a acosar el trono.

Alfonso Onceno, cumplidos los veinte años de vida y cinco de gobierno, conoció la alegría de vivir con Leonor a su lado. Tenía a la persona amada y ella le ayudaba en su quehacer. Progresaba, pero no sólo en el arte de la guerra o en el ejercicio del poder, también aprendía a tomar posiciones de ventaja, a no precipitarse en ejecutar sus planes. La nueva madurez hizo de él mejor estratega, un rey satisfecho que buscaba con ahínco los réditos de la paz y apreciaba los frutos copiosos del buen gobierno.

En enero Leonor dio a luz un varón y la alegría del padre fue indescriptible. Toda la corte sevillana celebró el acontecimiento y asistió al solemne bautizo en la catedral, donde el recién nacido recibió el nombre de Pedro. El rey repartió dineros entre los más pobres para dar gracias a Dios y liberó cautivos musulmanes, especialmente los de corta edad. Por primera vez en su vida, Alfonso se sentía completamente feliz. La lejanía de la reina, la guerra de don Juan Manuel y la empresa de la Reconquista eran casi pálidos recuerdos.

Capítulo 10

La Favorita del Rey

E desde otra vegada quel rey la avía visto en casa de una su hermana, que era casada con don Anrique Enrriquez, siempre tuvo el coraçón en ella puesto; e era tal e tan noble que siempre usara de bondad. E estaua con una dueña su avuela que la criara. E el rey, sabiendo que era en Seuilla, trabajose mucho por la aver; e como quier que lo ovo grave de acabar, pero ovola al fin. E esa dueña era bien entendida; e desque llego a la merçed del rey, trabajose mucho de lo servir en todas las cosas que ella entendie, en tal manera que el rey la amó e la presció mucho en su coraçón. E por çierto no fazie sin razón, que tal era ella e tal la fizo Dios, quel rey fiziera gran derecho en la mucho amar e presçiar. E ovo de ella fijos, los cuales la ystoria adelante contará. E otrosi el rey fiaua mucho della, ca todas las cosas que se avien de fazer en el reyno pasauan sabiendolo ella, e no de otra manera, por la fiança que el rey ponie en ella"

Fernán Sánchez de Valladolid
Gran Crónica, t1, cap CXI, p 487.

Dios por la su mesura
al Rey dio bondat
muy apuesta criatura
de muy gran beldat

Poema de Alfonso XI, Estrofa 86

No quiso escuchar el rey a quienes le aconsejaban ser prudente a la hora de otorgar mercedes al vástago recién nacido. Tan natural le parecía que el fruto de sus entrañas fuera reconocido como suyo que nada quiso saber de realengos perdidos o parecidas advertencias. El fruto del amor valía más que la sangre derramada en el combate, más que la herencia añosa. Quería celebrarlo como merecía, enaltecer lo que la ocasión reclamaba.

Y con voluntad soberana concedió a Pedro, ya que no podía el título de Infante por no haber nacido de reina, el Señorío de Aguilar con casa, tierra y vasallos. Iniciaba así Alfonso XI una costumbre que habría de continuar con

todos los hijos de Leonor y que desde el principio representó un peligro para la paz nobiliaria tan costosamente conseguida, pues si los grandes señoríos de la Corona se repartían privadamente entre los infanzones del rey, se harían a buen seguro grandes personajes, caldo de cultivo de nuevas potestades que podrían actuar de forma independiente.

Y así fue, en efecto, a la muerte de Alfonso. A pesar de la trágica suerte que corrieron varios de los hijos a manos de su hermanastro *El Cruel*, los que lograron sobrevivir quedaron al acecho con sus señoríos de nuevo cuño, sus maestrazgos y grandes condados, para el asalto al poder. Y fue tan dura la ofensiva, tan organizado el ataque del bastardo Enrique que la corona pasó a su cabeza. Lo nunca visto desde que los parientes reales godos se mataban entre sí.

Sin quererlo, Alfonso volvía a sembrar la semilla de la discordia que con tanto afán había arrancado. Por natural protección a su ilegítima prole y como tributo a la mujer que siempre amó, él, que había conseguido domeñar a la vieja nobleza, abrió la puerta a los vientos y tempestades sobre el océano feliz de su reinado, dejando cargas de profundidad que estallarían sin remedio en el magno edificio político que construyó con sus propias manos.

Pero estos son los frutos que el amor cosecha, cuando entran en colisión otras fuerzas de la condición humana.

Nada hacía presagiar, sin embargo, los futuros males de la monarquía en aquel dulce transcurrir del año 1331 que había comenzado con un invierno suave en cuyo final los brotes de almendro anunciaron una primavera temprana. Todo era sano, puro, natural. La juventud del monarca y de Leonor, su enamorada, eran más que defecto, virtud que se añadía al vigor del reinado. Nadie discutía las dotes de mando del rey Alfonso, ni su capacidad para gobernar, salvo quienes ya conocemos.

Y tal era el clima de confianza del momento, tanta la adhesión que suscitaba, que hasta el frente hostil se resquebrajó y uno de los más firmes y encumbrados adversarios acabó cediendo. Por eso no extrañó en el ambiente

cortesano de la pareja que el sino de Alfonso se fuera enderezando y que a la buena situación general y la alegría por el niño Pedro, que se criaba sano y hermoso entre los mimos de un batallón de servidores, ayas y parientes, se añadiera aquella feliz noticia que invadió la armonía del alcázar sevillano como una ruidosa torcaz, alborotando la calma con su inesperada nueva, revoloteando con promesas de paz y arrullando la esperanza para que todos la escucharan.

Pues la buena nueva, oída con asombro y repetida con pasmo por toda la Corte, no era otra que Don Alfonso de la Cerda, eterno aspirante al trono castellano y enemigo tan declarado de Alfonso como de su padre Fernando y su abuelo Sancho, solicitaba una entrevista con el monarca en la que le trataba de rey y señor. Entre las fórmulas protocolarias y felicitaciones por las victorias en la Frontera, dejaba entrever que la fatiga de los años y las decepciones le habían agotado el ímpetu y templado su reclamación. Se mostraba conciliador y parecía dispuesto a zanjar con su joven pariente la cuestión sucesoria. De una vez por todas.

Los Infantes de la Cerda tenían buenas razones para disputar el trono. Desde que el indómito Sancho se negó a reconocer la sucesión en los hijos de su hermano, la herida no había dejado de supurar. Sancho se impuso, hizo la guerra a su padre y consiguió proclamarse rey, pero el reino se desquició⁷. Los infantes desheredados quedaron extrañados en Aragón como enemigos, alimentando su rencor dinástico con la ayuda interesada de miembros de la nobleza y la propia familia real.

Alfonso de la Cerda, hombre ecuánime y figura desdichada al fin, reconoció a Fernando, el hijo de Sancho, como monarca legítimo a cambio del señorío de unas cuantas villas en la Extremadura castellana y una suma de maravedíes que le ayudaran a enderezar su maltrecha economía, pero apenas duró la concordia con el inestable monarca, volvió a indisponerse contra él. Durante los primeros años de gobierno de su hijo Alfonso, las pretensiones del

⁷ La expresión "desquiciarse", a propósito del periodo de Sancho IV, es de Américo Castro y resulta muy apropiada.

cansado infante llegaban cada vez más débiles y lejanas, pero su voz ya sin apoyos quedaba todavía como testigo locuaz de un pasado de banderías y lucha feroz entre la misma sangre, un tiempo ruin que ensombreció la Corona, provocó desastres y desprestigió considerablemente el trono. Por ello se comprende que la misiva llenara de alegría al rey y que enseguida concertara una entrevista con su anciano tío.

Leonor decidió acompañar a Alfonso en este viaje. Si habían hecho pacto de estar juntos, ésta era una buena ocasión para demostrar la verdad de sus votos. Al rey le entusiasmó la idea y sólo le preocupaban los peligros e incomodidades que las jornadas pudieran acarrear a una madre que aún amamantaba a su criatura. Pero como Leonor no se amilanaba, su regio amante encontró renovados motivos de admiración por su entereza y decidió recompensarla con la donación de la villa y castillo de Carmona. Al séquito de la Favorita se unió el enjambre inevitable de la alcurnia sevillana ligada a su casa, Ponces, Guzmanes y Enríquez.

El encuentro de los parientes regios, que tuvo lugar en el castillo de Burguillos, fue ejemplo de concordia y uno de los momentos más emotivos de todo el reinado de Alfonso. Cuando el monarca, su amada, y el hijo de ambos, llegaron a los muros de la fortaleza hubo estruendo de pífanos y trompetas mientras caía pesadamente el puente levadizo. Las hojas macizas de la puerta de entrada giraron sobre sus goznes, dejando ver el patio de armas repleto de caballeros formados con sus lanzas. En el mismo umbral, la figura solitaria del infante aguardaba a pie para recibir a Alfonso. El Onceno descendió del caballo, cruzó el rastrillo y fue al encuentro de su tío, quien con lágrimas en los ojos y la rodilla en tierra le besó las manos. Tuvo el joven rey que ayudar a levantarse al anciano entre los vítores de los caballeros congregados. Cogidos del brazo entraron en el interior del palacio.

Alfonso de la Cerda otorgó carta de reconocimiento al rey y se declaró su vasallo. La vida enseña a aceptar finalmente los hechos porque lo demás es sólo lamento y vana pretensión. Renunció a su derecho al trono *si alguna vez lo avie* y el emocionado rey le recompensó generosamente con nuevas villas en juro de

heredad y otras mientras viviese. *E de aquí en adelante don Alfonso quedo asesegado en la merced del rey e ovo mantenimiento honrado en lo que el rey le dio para toda su vida.*

El Infante quiso cumplimentar también a la amante real. Cautivado por la belleza de Leonor y por la perspicacia de su sentido del humor que supo crear una atmósfera distendida y cómoda, dispuso para ella habitaciones especiales cerca del rey. Movido por el destino incierto de ese hijo y por el amor que la unía a su sobrino, la trató como a cónyuge regio los días que duró la estancia.

Era la primera vez que alguien mostraba hacia ella tales atenciones y honores públicos. Leonor, agradecida, correspondió sin reclamar otro rango ni hacer queja de su situación anómala. Todos los cortesanos que se hallaban en Burguillos, tanto los del rey como los del infante, se maravillaron de su carácter e inteligencia y de la forma en que salió airosa de las primeras pruebas de su nueva posición junto al rey. Pronto habría de demostrar su verdadero temple, por el acoso de alguien muy ducho en la intriga diplomática.

Como estaban cerca de Badajoz, donde se encontraba la reina madre de Portugal, la futura Santa Isabel. Alfonso decidió ir a visitar a su abuela pues tenía noticia de que su salud andaba ya muy quebrantada. A pesar de no haber mantenido una estrecha relación con ella, como con María de Molina, tenía un profundo cariño por aquella piadosa mujer a quien quería de verdad y contestaba puntualmente sus cartas desde hacía quince años.

Leonor se abstuvo de ir a cumplimentar a la augusta señora, aunque sí permaneció en Badajoz, cerca de Alfonso. Las primeras palabras de la anciana con su nieto fueron para recriminarle su relación.

- ¿Tanto es el hechizo que ejerce contigo esa mujer que se atreve a venir cerca de donde yo estoy?

A Alfonso le hubiera gustado decirle que sí, que "hechizo" era exactamente la palabra que definía aquella relación sobrenatural que le daba fuerzas para vivir.

- Con ella viene mi hijo, abuela.

- Un hijo bastardo.
- Pero un hijo.
- María te los dará.

Debía haber respondido que "difícilmente" porque ella le rechazaba y no quería yacer con él, pero hay cosas que no pueden decirse a quien además de santa es abuela de la esposa, aunque sea también la propia y se tenga una corona real sobre la cabeza.

- Si es así, te prometo que abandonaré a la Favorita.
- Abandónala ya, Alfonso, y protege a nuestra familia. Con tu conducta ofendes a Dios y pones en peligro los reinos. Te lo ruego, deja a la combleza antes de que sea demasiado tarde⁸.

Tras los ruegos y advertencias vinieron los reproches, una exhaustiva lista proporcionada por la propia María en las interminables cartas que dirigía a la Corte portuguesa. Alfonso hacía como si escuchaba sentado cerca de la reina, mientras su mente volaba a otros escenarios. Pensaba qué nuevas mañas estaría tramando Don Juan Manuel y cómo hacerle frente y causarle daño. Aún no se había apagado su enfado por la última negativa del voluble infante y los muchos incumplimientos de palabra. Tantos desplantes, tanto juro deshecho, habían colmado ya el vaso de su paciencia.

El cadencioso portugués de su abuela apenas llegaba a sus oídos como zumbido de insectos. Lo que iba a hacer era volver a Toledo para escarmentar a los que apoyaron a Don Juan Manuel, recordar a sus súbditos que la Reconquista era tarea de todos y hacerles ver que no se podía jugar con la voluntad del rey. De camino, podría visitar en Talavera a la regia inquilina y tratar de acercarse a ella. Leonor podría esperar mientras tanto en Toledo y conquistar con su encanto a las viejas familias castellanas que dominaban el Cabildo.

⁸ Alfonso se ha referido a Leonor como la *Favorita*, sin mencionar su nombre, para no ofender a su abuela. El término era de uso corriente en la alta sociedad hispanocristiana de la época y era una de las muchas influencias de la cultura musulmana, en la que las favoritas de emires y califas tenían a menudo gran poder político. La reina Isabel, sin embargo, ha preferido utilizar la palabra *combleza*, de vieja raigambre castellana y que significa limpiamente "mujer amancebada con hombre casado", refiriéndose de esta forma a su situación de adúltera y de pecado.

- Te prometo que iré a visitar a mi esposa, abuela. Pero ella tendrá que poner de su parte.

- Yo la escribiré, Alfonsinho, pierde cuidado, y te aseguro que si no escucha a esta anciana reina lo lamentará.

Alfonso dejó que la anciana le acariciara la cabeza, incluso abandonó el sillón y sus pensamientos y se acercó a su regazo como cuando era chico. La reina tenía los ojos húmedos y un leve temblor de barbilla arrugaba el immaculado barbuquejo de su toca de viuda. Alfonso se agazapó a sus pies, mirándola.

- Alfonso, Alfonso, eres igual que tu madre. Pero más listo. Constanza, la pobre, era tan preciosa de cara como inocente de corazón. Bueno, menos mal que tampoco has salido mucho a tu padre -los dos rieron- ni a tu abuelo Sancho que siempre parecía que iba a estallar. ¿A quién has salido tú, rapaz?

- A ti, querida nana.

- Y a tu otra abuela. Gracias a Dios.

Dos meses después, Don Juan Manuel tenía razones para estar alarmado, el rey había hecho un gran estrago entre sus partidarios y se dirigía a Toledo. El Infante temió el enojo de su sobrino y temía que su decisión de acabar con él se hiciera realidad esta vez. También supo que Don Alfonso se quedaría un tiempo en Talavera con la reina María, mientras Leonor continuaba camino para esperarle en la capital visigoda.

Decidió aprovechar la ocasión. Debía acercarse a la Favorita, utilizar su poder. En su castillo de Peñafiel, daba vueltas por el patio de armas y paseaba bajo los matacanes con las manos atrás, tratando de encontrar el camino.

De pronto, le vino la idea.

Hacer creer a la concubina que la apoyaba en contra de la reina y proponer el repudio de María para que Portugal, inevitablemente, declarase la

guerra a Alfonso. Esa era la jugada maestra y para ello debía ganar el favor de la Guzmán.

Pidió que le llevaran recado de escribir a su gabinete. Esa tarde no seguiría trabajando en su obra sobre los diálogos entre el Conde Lucanor y Patronio, aquellos *eixemplos* para aviso de generaciones futuras que tanto descargaban su conciencia. No manejaría los hilos de la ficción para tapar sus desengaños ni el barniz de la parábola para moralizar y justificarse. Actuaría en el mundo real, en la alta política para la que había nacido, que tanto le atraía y siempre se le escurría de entre las manos.

Una hábil carta dirigida a Doña Leonor, la mujer detestada pero a quien debía conquistar, sería el principio de la nueva maquinación. Ella podría recibirla en Toledo antes de que Alfonso regresara de Talavera.

A la esclarecida señora Doña Leonor de Guzmán.

Señora,

He sabido que moráis en estas fechas en la noble ciudad que conquistó para las armas cristianas mi tatarabuelo Alfonso VI, aquel rey de Castiella y de León, Emperador de nuestra Spania, que siempre enalteció a Doña Jimena de Guzmán, brava mujer de vuestro linaje, madre de Doña Teresa y de quien descenden los reyes de Portugal y vuestro amado Alfonso.

A vos, dama tan fijadalgo y cumplida, puedo dirigirme sin temor a que malinterpretéis mis palabras que son en pos de paz y procura de concordia, pues conozco por vuestras prendas y el amor que el Rey os profesa, que sois digna del mayor honor por vuestra bondad y discernimiento. Y pues que moráis en el corazón de Don Alfonso más que cualquier persona, os ruego le encarezcáis para que considere mi petición, que bien quisiera yo rendirle mi lealtad como el Infante de la Cerda, pero malfío de quienes le rodean.

Y otrosí os aconsejo, noble señora, con la experiencia que los años otorgan a mi entendimiento, que haríais bien en pedirle al rey que repudiara a Doña María, ya que no ha descendencia ninguna y habla mal de él y no quiere ayuntarse, y casaros vos con mi sobrino. De esta manera, cuantos nos hallamos

separados de la voluntad del rey volveríamos a ella por amor a vos y al hijo de vuestra entraña, que es la esperanza cierta destes reinos.

Yo mismo tomaría encargo de ayudaros en esta empresa y de servirlos en todo lo que os cumpliese y estuviera en mi mano.

A vuestros pies rendido.

En Peñafiel, a veintiocho de octubre del año del Señor de mil y trescientos treinta y uno.

Yo, el Ynfante Don Joan Manuel, nieto del Rey Santo.

Como los emisarios tenían orden de esperar contestación, Leonor dispuso que les dieran posada hasta el día siguiente pues aunque barruntaba ya su decisión, no quería precipitarse con alguna respuesta que ofendiera al belicoso infante o que por el contrario pudiera molestar a Alfonso.

Aquella noche, después que las ayas acostaran a su hijo y hacerle mil carantoñas, invitó a cenar en sus habitaciones a su hermana Juana, a su cuñado Enrique y a Alonso Coronel, lugarteniente del rey para su custodia y a quien Leonor conocía desde niña pues eran de parecida edad.

Cenaron unos entremeses de verduras con especias como le gustaban a ella, con abundancia de alcachofas, puerros, cardo, zanahorias glaseadas y espárragos en conserva. Luego, Leonor y Juana tomaron pichones, los hombres asado de cabrito y todos probaron el postre de yemas con canela y vainilla que eran la especialidad de la cocinera. Los dueños de la casa, Nuño Vélaz de Medrano y Eulalia de Salazar, estaban ausentes por encontrarse aún en su temporada de descanso estival en tierras de Zamora y habían prestado su palacio de buena gana para acoger a la Favorita. Agradecían así al rey la restitución de los señoríos arrebatados en época de su padre y la concesión de una escribanía en Toledo a favor de su hijo Tello, además del cargo de canónigo de la catedral para el menor, Fadrique.

Sentados alrededor del fuego, pues el fresco de la noche y la humedad del Tajo se metían por los huesos antes de que uno pudiera darse cuenta, los cuatro examinaron la carta del infante.

- Tal vez se sienta cansado y le pesen ya los muchos años de batallar para nada. Parece sincero -Juana siempre buscaba el lado positivo de las cosas, o al menos el que parecía más probable.

- Igual que Don Alfonso de la Cerda -apostilló su marido con mirada ausente, sin que su afirmación resultara demasiado convincente.

El silencio embargó la conversación apenas empezada. El asunto era tan delicado que resultaba difícil decir algo más sin conocer los sentimientos de la interesada.

- Alonso, ¿qué te parece a ti?

Leonor quiso saber la opinión de Coronel antes de decidirse a dar la suya. Serio, sin titubeos, el joven militar respondió tras aclararse la garganta.

- Pues yo creo que el viejo león no está en absoluto cansado sino que tiene miedo. Trata de conseguir un respiro, reunir fuerzas y tranquilizar a los suyos tras las ejecuciones de Trujillo. Es evidente que quiere ganarse la voluntad de Doña Leonor, aunque me extraña que sienta simpatía por vos. Aunque odie a la reina por haber "usurpado" el lugar de su hija Constanza, es demasiado orgulloso como para aceptar que una mujer de nuestra clase, que no tiene sangre real, sea la reina de Castilla. Y perdonadme el atrevimiento, señora.

- No tengo que perdonar lo que es bien cierto, Alonso. Muy al contrario, te agradezco la sinceridad porque nos recuerda muy a las claras de quien estamos hablando.

Juana bajó la cabeza avergonzada. Su opinión había resultado de una inocencia elemental y lamentaba haberse lanzado a hablar. Comprendía el afán de su hermana por que las mujeres compartieran las conversaciones de los hombres, pero en el fondo pensaba que era inútil y aburrido. ¡Qué no daría ella por estar ahora en una estancia ocupada sólo por damas hablando de sus cosas, sin la premiosidad ni los serios parlamentos masculinos! Pero como al fin se trataba de un asunto que concernía directamente a su hermana, Juana procuraba poner toda su atención y comprender las ventajas e inconvenientes del asunto. Lo que no acababa de entender era por qué Leonor no esperaba a Alfonso y dejaba que fuera él quien decidiera. Aprovechando un momento en

que los hombres hablaban de cómo podría el Infante reorganizarse, Juana se lo preguntó en voz baja.

- Querida Juana -respondió Leonor hablando para todos- es a mí a quien va dirigida esa carta y por tanto soy yo quien debe contestar. Si dejo que lo haga Alfonso, pareceré una mujer débil, una amante sin voluntad ni entendimiento propio, sólo capaz de dar hijos al rey. Ya que Don Juan Manuel ha decidido dirigirse a mi persona, voy a tomar ventaja de su ofrecimiento. Pero no como él está esperando.

Los tres se quedaron mirándola. Leonor contempló sus manos detenidamente y continuó hablando.

-... Nunca me atrevería a pedir a hombre alguno que repudiase a su mujer para que se casara conmigo. Y menos al rey. Estoy unida libremente a él, por el amor que me profesa y que yo correspondo con toda mi alma. En nuestras capitulaciones, que no hemos escrito sino por juramento ante nuestra conciencia, prometimos atendernos mutuamente y no abandonarnos ni traicionarnos por otras miras ni propósitos. Jamás haría nada que pudiera causarle daño o ir en contra de su voluntad.

- Tal vez sea su voluntad que vos seáis la legítima reina. -Su cuñado quería apurar las posibilidades, hacer ver a Leonor el alcance de los sentimientos masculinos de Alfonso. No quería perder tan pronto el horizonte de unir su linaje a la familia real.

- No, Enrique, no podemos confundir la legitimidad de las leyes con los deseos del corazón. Alfonso firmó pactos y posturas con el rey de Portugal, que es su propia familia, y estoy segura que no desea indisponerse con él. La reina María continuará siendo la reina. Y yo seguiré siendo su mujer.

Nadie añadió nada a estas palabras.

La cuestión quedó zanjada.